



Antonía
Acrílico Pintura japonesa

Código Bushida

para Antonio Rivera

tantos proyectiles destructivos que se lanza la humanidad a la cabeza a nombre de los derechos humanos y ahora, aquí en nuestro medio, un caso grave que no sé definir si de cinismo o de ingenuidad.

—Habla claro, no des tantos rodeos.

—Te lo contaré mientras llegamos a la oficina. Ayer me platicaron de una joven mujer, guapa e inteligente que vivía en La Paz, que después de un considerable tiempo de trabajo efectivo y responsable, logró quedarse encargada de la administración de un hotel en esa incómoda y fría capital boliviana. Su trabajo resultó por demás eficiente, pero después de dos años de servicio, alguien interesado en el caso le habló al dueño, un japonés de conductas muy rectas y tradicionales, sobre un posible desvío de dinero de los fondos del negocio.

El japonés, confiado en su personal no quiso dar crédito a quien le hacía partícipe de su sospecha y dejó que el tiempo pasara. Meses después, otra persona ajena a la primera, le volvió a hacer otro comentario parecido y fue entonces que ya un poco preocupado por esa segunda afirmación en el mismo sentido, decidió pedir la intervención de una oficina auditora. Los resultados aparecieron claros desde el principio y quien resultó culpable de un desfalte de más de cincuenta mil dólares había sido la empleada María Alejandra Mamani, que siempre había tenido su apoyo y confianza y de quien nunca sospechó absolutamente nada; por el contrario, confiaba ciegamente en ella.

—¿Y eso qué tiene de raro? Esa historia se repite a diario, basta con asomarte a los juzgados y ver los alteros de expedientes que se acumulan con el mismo asunto.

—No he terminado. Los dos amigos que le habían alertado sobre el caso, al comprobar que habían dado con el blanco de sus sospechas, insistieron en el caso y le aconsejaron a Isida Yamamoto, que ése es el nombre del afectado, demandara a la culpable para que, primero, pudieran arraigarla en el lugar y evitar que escapara, luego obligarla a devolver lo sustraído o arrestarla según diera lugar desde el punto de vista jurídico. El procedimiento se ofrecía sencillo para su solución. Pero...

Isida pensaba distinto, él es descendiente de una familia llena de honor y sabiduría japonesa, los métodos occidentales que le proponían sus amigos no pasaban de ser sino soluciones alejadas de su formación personal y consideraba que un caso así debería tener otro tipo de solución. Lo grave del asunto es que María Alejandra había despertado durante los últimos meses sus inquietudes amorosas y ya de día, ya de noche, aquella mujer se había convertido en su obsesión. Ahora, todo se había venido abajo, derrumbado como un castillo de naipes, o de abanicos orientales para hablar con mayor propiedad del asunto.

El peor momento de todos mi estimado Antonio, fue cuando el Sr. Isida auxiliado por los contadores, tuvo que comunicarle a la infiel empleada el resultado de la auditoría y la posterior reacción que tuvo María Alejandra ante la acusación. Primero se negó con tal aplomo que daba la impresión de confundir a los peritos; finalmente, cuando los documentos exhibidos se mostraron inalterables ante las negativas de la empleada, porque eran contundentes y hacían resaltar la evidencia de su firma, irrumpió en llantos y lamentaciones y el dolor que reflejó su semblanza fue algo que al mismo tiempo que expresaba el sollozo de un alma herida, causaba un impacto emocional que taladraba el corazón de Isida, quien no sólo tenía un alma buena sino plébrica de sensibilidad.

Lo que es más, como te apuntaba hace un momento, en los últimos meses había venido alentando un secreto deseo que a punto estuvo de revelarse a María Alejandra y proponerle que compartieran sus destinos bajo la sacrosanta institución del matrimonio.

¡Imagínate el dolor de saberla culpable y el toparse de improviso con el derrumbe moral que se había hecho presente entre los dos como una montaña de escombros!

—Se vuelve interesante el asunto, ¿qué pasó después?

—Mucho me temo que te dejo la conclusión del relato para mejor ocasión, hemos llegado a nuestro destino. Mañana tal vez.

—No. No, de ninguna manera, cuéntamelo de una vez total tú eres independiente y yo también, alguna ventaja hemos de tener no siendo empleados y al mismo tiempo no depender de una burocracia con horario. Termina, te lo ruego.

—Bien, ya que insistes... nuestro buen amigo Isida, descendiente de japoneses y depositario de una cultura milenaria que hace ver las cosas de un modo distinto por el prisma tan especial que utilizan, calmó a sus amigos y dio instrucciones tanto a los abogados como a los auditores de esperar unos días para tomar una decisión mejor meditada. Por lo pronto las cosas seguirán igual en todo, incluyendo el empleo de la misma María Alejandra. Él tomaría una decisión en breve.

—Qué tiempos estimado Antonio, parece que vamos de mal en peor.

—¿A qué viene eso?, me extraña verte pesimista el día de hoy.

—Pesimista no, pero sorprendido sí, suceden tantas cosas contradictorias en el planeta, que ya no sabe uno a qué atenerse, viajes a la luna, guerras que iluminan los cielos por las noches de

Pasaron ocho días, para Isida fueron angustiosos y el insomnio fue su compañero durante las noches, su empleada había fallado, pero él le daría la oportunidad de salvar su honor. La llamó para ese día en la noche, no en el hotel objeto del desvío de fondos, sino en sus propias oficinas. Cuando la tuvo ante sí le dijo suave, ceremoniosamente:

—María Alejandra, te voy a dar una oportunidad para evitar que seas juzgada por los jueces de este país y evites la pena de verte privada de tu libertad en una infecta y repudiada celda. Te voy a proponer el único camino que puede reivindicarte ante la sociedad y ante tus propios ojos: Debes actuar con valentía.

—Dígame Sr. —le contestó la empleada intrigada.

—Existe en mi país un método que limpia todas las faltas de los seres humanos y les da la oportunidad de reivindicarse en su honor, se trata del Código Bushida, que prevé una salida fácil y rápida llamada Harikiri. Te ofrezco que utilices esta espada, que es una reliquia familiar y la utilices lo más pronto posible.

Le explicó en seguida el ritual suicida que se emplea y termina destrozando los intestinos y los órganos internos.

La muchacha al oír aquella proposición quedó perpleja, no daba crédito a lo que escuchaba, pero en cuanto se repuso de la sorpresa, le respondió, llena de entereza:

—Bien Sr., ése es su deseo y recomendación, yo sólo le pido que me dé ocho días más para poner mis cosas en regla y atender algunos de mis deberes familiares. ¿Le parece?

—Que así sea, concedido —le contestó el japonés al tiempo que le hacía entrega ceremoniosamente del arma. Se despidieron fríamente, María Alejandra impactada emocionalmente, Isida fingiendo una arrogancia que cubría su enorme tristeza.

Pero... ya hemos llegado Antonio, mañana termino de contarte el resto de esta historia tan singular.

—Nada de eso, a mí no me dejas intrigado, ¿qué pasó después? ¿Se hizo el harikiri la empleada?

—Calma Antonio, calma, al séptimo día, el subgerente del hotel, le habló al Sr. Isida para comunicarle que María Alejandra no había acudido al trabajo y que al preguntar a su casa, vía telefónica, por su paradero, el dueño del edificio le explicó que la noche anterior se había cambiado en un camión de mudanzas con todo su menaje en compañía de un amigo íntimo que la frecuentaba. Preocupado por la noticia, se dirigió al lugar y comprobó objetivamente aquella información; acudió de inmediato a ver los depósitos de la caja fuerte y no encontró un solo boliviano; faltaban también todas las vajillas de porcelana y plata, así como las cortinas de terciopelo que se utilizaban en los banquetes especiales.

—¿Por qué —le interrumpió Isida—, no me comunicaste esos movimientos sospechosos?

—Porque no los vi, no estaba aquí, me comisionó a Santa Cruz desde el siguiente día en que usted me comunicó el resultado de la auditoría para cotizar precios de muebles para el hotel. En principio me dijo que estaría dos días, pero luego me hablaba por teléfono y me solicitaba datos adicionales. Me mantuvo alejado, hoy es mi primer día de trabajo aquí después de mi regreso.

Azorado Isida preguntó:

—¿Qué sabes de su paradero?

—Nada, únicamente dejó un sobre con el nombre de usted como destinatario. Aquí lo tiene.

Isida lo leyó lentamente según su costumbre, al terminar de hacerlo no pudo ocultar su malestar. Se lo regresó al subgerente quien leyó, palabra más palabra menos, lo siguiente:

"El mundo es amplio y hermoso, la vida un paraíso, ¿quién piensa en suicidarse por cuestiones de honor en este tiempo? El harikiri es propio de mundos orientales, cosa del pasado y propia de locos. Reconozco que usted me dio muchas oportunidades, pero la que más le agradezco es la de haberme proporcionado el sable de su familia, ya que tenía un rubí de excelente quilataje en la empuñadura que se ha convertido en una buen cantidad de dólares. Discúlpeme Sr. Isida, pero aquí en la Paz, por más que usted me hable de leyendas e historias, románticas orientales como era su costumbre, a mí en lo particular, no me llaman la atención, y el Código Bushida, me suena a palabra rara, más hueca que una quena desafinada. Espero que en el futuro corrija usted su tendencia a la ingenuidad. Con el agradecimiento de siempre, María Alejandra Mamani. Chau".

—Ja, ja, ja, ahora entiendo por qué decías que vamos de mal en peor.

Guillermo Razo Cuevas.
Escritor y periodista mexicano.
Reside en Bolivia desde 1994.